

5th Tuesday of Ordinary Time. 02/08/2022

Los Evangelios nos cuentan varias historias en las que los fariseos discuten con Jesús. Esta vez, el argumento es sobre lavarse las manos antes de comer. Los fariseos acusan a Jesús de no formar a sus discípulos en la tradición religiosa de los mayores. Jesús responde que los fariseos dejan a un lado el mandamiento de Dios para aferrarse a las tradiciones de los hombres.

Los fariseos eran un grupo religioso que se formó unos 150 años antes de Cristo compuesto en su mayoría por laicos. Querían tomar a Dios en serio. Querían vivir su vida como miembros del pueblo elegido, de respetar la alianza que Dios había hecho con sus padres.

La ley de Moisés ordena que los sacerdotes se laven las manos ritualmente antes de ofrecer el sacrificio y antes de comer su parte. No se trata de una cuestión de higiene, sino de pureza ritual, una señal de preparación para una acción sagrada. Los fariseos querían santificar su vida diaria, por lo que adoptaron la práctica de lavarse las manos ritualmente antes de cada comida. Esta podría ser una hermosa devoción, cuya intención es traer constantemente a la memoria nuestra elección, un recordatorio de que el Dios del universo hizo una alianza con nuestro pueblo, y un deseo de hacer realidad esa elección en nuestra vida diaria. Pero 150 años después encontramos a los fariseos en amarga oposición a Jesús, el que es el cumplimiento de la ley, el que cumple las

promesas hechas por Dios al pueblo de Israel. ¿Cómo sucedió esto?

En sus escritos, Santa Teresa de Ávila nos advierte sobre las tentaciones de quien quiere progresar en la vida espiritual. Las tentaciones más sutiles y peligrosas son las que vienen con la apariencia de algo bueno, como una devoción que luego termina por hacernos perder el balance en nuestra vida, descuidar nuestros deberes de estado, o enfriar la caridad que nos debemos unos a otros. Podemos dar demasiado peso a nuestra propia idea de la santidad. Se necesita discernimiento, pero un buen indicador de que nos acercamos a Dios es que crecemos en humildad y en paciencia con todos, todos los días, y que nos mantenemos fieles a los deberes de nuestra vocación.

Acerquémonos hoy a Jesús en la Eucaristía, con el deseo de que sea él la prioridad en nuestra vida, para escuchar su voz y seguir el camino que él ha elegido para cada uno de nosotros.

The Gospels tell us several stories of the Pharisees arguing with Jesus. This time, the argument is about washing the hands before eating. The Pharisees accuse Jesus of not forming his disciples in the religious tradition of the elders. Jesus replies that the Pharisees disregard God's commandment but cling to human traditions.

The Pharisees were a religious group that formed about 150 years before Christ made up mostly of lay people. They wanted to take God seriously. They wanted to live

their lives as those belonging to a chosen nation, to respect the covenant God had made with their fathers.

The law of Moses commands for priests to ritually wash their hands before offering sacrifice and before eating their share of it. This was not a matter of hygiene, but for ritual purity, a sign of preparing for a sacred action. The Pharisees wanted to sanctify their daily lives, so they adopted the practice of ritually washing their hands before every meal. This could be a beautiful devotion, whose intention is to bring a constant awareness of our election, a reminder that the God of the universe made a covenant with our people, and a desire to make that election real in our daily lives. But 150 years later we find the Pharisees in bitter opposition to Jesus, the one who is the fulfillment of

the law, the one who fulfills the promises made by God to the people of Israel. What went wrong?

In her writings, Saint Teresa of Avila warns us about the temptations of those who want to make progress in the spiritual life. The most subtle and dangerous temptations are those that come wearing the appearance of something good, like a devotion that ends up pushing us out of balance, making us neglect the duties of our state of life, or cooling the charity we owe to each other. We can give too much weight to our own idea of holiness. It takes discernment, but a good indicator that we move closer to God is that we grow in humility and in patience with everyone, every day, and that we stay faithful to the duties of our vocation.

Let us approach Jesus in the Eucharist today, with the desire to make him the priority in our lives, to listen to his voice and follow in the path he has chosen for each of us.